

ANTONIO CASARES RODRÍGUEZ Y EMILIA PARDO BAZÁN

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ HERRÁN

Universidade de Santiago de Compostela

Para Juan

Una de las facetas menos conocidas en la rica personalidad de Antonio Casares Rodríguez es la que pudiéramos denominar su “dimensión literaria”; es decir, el haber servido -acaso- de modelo o inspiración para uno de los primeros personajes novelescos que salieron de la poderosa imaginación literaria de Emilia Pardo Bazán. Según mis datos, fue la hispanista francesa Nelly Clemessy en su libro de 1973 *Emilia Pardo Bazán, romancière (La critique, la théorie, la pratique)*,¹ la primera en notar las similitudes entre el catedrático monfortino cuyo segundo centenario conmemoramos y el científico irlandés que en *Pascual López* (1879), la primera novela de la autora coruñesa, enseña Química en la universidad compostelana; propuesta reiterada y ampliada en nuestra edición de aquel título², donde hemos apuntado las razones que explican la presencia en la novela de aquel ilustre maestro.

Al iniciarse el curso académico 1868-69, la joven Emilia, una recién casada que sólo cuenta 17 años, se instala en Santiago de Compostela, donde su esposo, José Quiroga y Pérez de Deza, va a

¹ Paris: Centre de Recherches Hispaniques, 1973; en la traducción española, *Emilia Pardo Bazán como novelista*, Madrid: Fundación Universitaria Española, 1982, pp. 219-220. En una semblanza necrológica anónima [cuyo autor, según mis pesquisas, bien pudo ser Juan Armada y Losada, marqués de Figueroa, pariente y amigo de doña Emilia, presidente entonces de la Unión Iberoamericana], “La Condesa de Pardo Bazán” (*La Unión Iberoamericana*, mayo-junio 1921, pp. 2-7), que parece recoger confidencias de la propia autora, podemos leer: “En Santiago (...) trabó Emilia amistad afectuosa con Laureano Calderón y Augusto Linares; por la de Casares, obtuvo en la Universidad, elementos de trabajo y enseñanza”.

² *Pascual López. Autobiografía de un estudiante de medicina* (edición de J. M. González Herrán y C. Patiño Eirín), Santiago: Ara Solis-Consorcio de Santiago, 1996; *vid.* especialmente las pp. 18-23 de su “Introducción”, que resumiré en lo que sigue (aunque corrigiendo algunos datos, de acuerdo con los resultados de investigaciones más recientes). Las citas que haga de la novela remiten a las páginas de esta edición, cuyas cifras indico tras las abreviaturas *PL*.

iniciar los estudios de Derecho³. Poco duraría esa estancia (en una “casa de huéspedes en que se estaba «como de familia»”, según ella misma recordaría bastantes años después⁴): a comienzos de 1869 el marido traslada su matrícula a la Universidad Central, para fijar la residencia de la pareja en Madrid, donde el padre de Emilia ha de ocupar su escaño como diputado en las Cortes Constituyentes. Aunque las biografías son imprecisas a ese respecto, hay que descartar la hipótesis de Faus, que sugiere un posible regreso de la pareja a Compostela, en el curso 1873-74, para que el marido concluyese su carrera⁵: sabemos con toda seguridad que éste, tras sucesivos traslados de expediente entre Madrid y Santiago, se licenció en esta Universidad en octubre de 1871.⁶

En todo caso, aunque no tuviese nada que ver con los estudios de su esposo, hay constancia de que en esos años (entre el 68 y el 74) Emilia pasa temporadas en la ciudad del Apóstol, cuya vida estudiantil recrea en la novela *Pascual López*, protagonizada por un estudiante de Medicina en aquella Universidad en los agitados tiempos inmediatos a la revolución *gloriosa* del 68. En esas estancias compostelanas la escritora coruñesa traba conocimiento con algunos profesores y científicos de su Universidad⁷: Laureano Calderón, José Rodríguez Mourelo, José Rodríguez Carracido, Augusto González de Linares (amistad que ha llegado a ser considerada como un *amor platónico* de doña Emilia⁸); y también -pese a la diferencia de edades- con Antonio Casares

³ Su primera biografía, C. Bravo-Villasante (*Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*, Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente, 1962, p. 26; segunda edición, corregida y aumentada, Madrid: Magisterio Español, 1973, p. 28) afirmaba: “En Santiago se instala el joven matrimonio para que el marido estudie el penúltimo curso de la Licenciatura de Derecho en la Universidad”; biografías más recientes (P. Faus, *Emilia Pardo Bazán. Su época, su vida, su obra*, A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003, I, pp. 115 y 129; E. Acosta, *Emilia Pardo Bazán. La luz en la batalla. Biografía*, Barcelona: Lumen, 2007, pp. 80-85), corrigen ese dato. Por cierto que ninguna de esas tres biografías menciona a Antonio Casares.

⁴ “He residido, en Santiago de Compostela, en una [casa de huéspedes] que era un portento, de la cual conservo los recuerdos más agradables”; y añade una intrascendente anécdota, a propósito de “los estudiantes de arriba”, que residían en la misma casa (E. Pardo Bazán, “La vida contemporánea”, en *La Ilustración Artística*, de Barcelona, 30 de septiembre de 1912).

⁵ Vid. Faus, 2003, p. 115, nota 26. Por su parte, Bravo-Villasante, *loc. cit.* afirma: “En Santiago se instala el joven matrimonio para que el marido estudie el penúltimo curso de la Licenciatura de Derecho en la Universidad”.

⁶ “Entre 1868 y 1870 se matricula en Santiago de Compostela en la facultad de Derecho, trasladando en 1869 la matrícula a la Universidad Central, volviendo a trasladarla a Santiago en 1870, retornando a Madrid, etc. Mal estudiante, suspende varias asignaturas o no se presenta a los exámenes. Todo esto cambia entre 1870 y 1871 en que, sin duda apoyado de cerca por doña Emilia, fue capaz de aprobar ocho asignaturas, favorecido en este caso por la legislación vigente, obra de Ruiz Zorrilla, que permitía a los alumnos examinarse cuando ellos querían, o trasladar la matrícula entre las universidades a gusto del alumno. Si tenemos en cuenta que Ruiz Zorrilla había también eliminado el curso introductorio, se explica que Quiroga Pérez pudiera acabar la carrera de Derecho en tres años y eso que no era buen estudiante. El 19 de octubre de 1871 se examina en Santiago de Compostela del grado de Licenciado en Derecho Civil y Canónico (...), obteniendo la calificación de *aprobado*”, escribe X. R. Barreiro Fernández en su artículo “*Morrión y Boina* el cuento que nos introduce en la militancia carlista de Emilia Pardo Bazán” (en J. M. González Herrán, C. Patiño Eirín y E. Penas Varela, eds., *Actas del II Simposio “Emilia Pardo Bazán: Los cuentos”*, A Coruña: Casa-Museo Emilia Pardo Bazán - Real Academia Galega, 2006, p. 27), basándose en la consulta del expediente personal de Quiroga, conservado en el Archivo Histórico de la Universidad de Santiago; vid. también Acosta, 2007, p. 85.

⁷ Cfr. Faus, 2003, pp. 128-134; Acosta, 2007, pp. 112-123.

⁸ Cfr. P. Faus, “Epistolario Emilia Pardo Bazán – Augusto González de Linares (1876-1878)”, *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LX (1984), pp. 271-313; y también en su libro de 2003, pp. 128-134. Para sus difíciles relaciones con Antonio Casares, véanse sus cartas a Giner, editadas también por P. Faus Sevilla, *Semblanza de una amistad. Epistolario de Augusto G. de Linares a Francisco Giner de los Ríos (1869-1896)*, Santander: Ayuntamiento-Ediciones de la Librería Estvdio, 1986, pp. 165-170

Rodríguez, Rector de la Universidad compostelana a partir de 1872. Relación esta que, muy posiblemente, derivaba de la que, desde tiempo atrás, mantenía el profesor con el padre de la escritora. Según las pesquisas bibliográficas de Ramón Cid Manzano⁹, Casares había firmado en 1863 una reseña “sobre la Memoria publicada por los señores Pardo Bazán y Conde de Pallares acerca de la enseñanza agrícola”¹⁰.



Pero, aparte de esa relación personal (que, como luego diré, se mantuvo en los años posteriores), la presencia de aquel sabio e investigador en la novela pardobazaniana obedece también -y más- a otros dos importantes factores: de una parte la temprana curiosidad científica de la escritora¹¹; de otra, el ambiente *experimental* que en la Minerva compostelana venían fomentando por aquellos años maestros como el doctor Casares

En cuanto a lo primero, recordemos que en los años inmediatamente anteriores a escritura de esa novela, Emilia Pardo Bazán había publicado en revistas gallegas y madrileñas artículos y ensayos de lo que hoy llamaríamos *divulgación científica*: así, la serie “La ciencia amena”, en la *Revista Compostelana* de Santiago (1876-1877), sobre el calórico, la luz, la electricidad, la circulación del movimiento; o, en *La Ciencia Cristiana*, de Madrid (1877), “Reflexiones científicas contra el darwinismo”. Pues bien, en uno de aquellos artículos de la *Revista Compostelana* la escritora aludía al “prodigioso desarrollo de un género de literatura especial y exclusivamente contemporáneo: la novela científica”¹². *Pascual López* sería así un temprano ejemplo en las letras españolas de aquella modalidad, que hoy llamamos novela de ciencia-ficción¹³; o, mejor, de anticipación científica, considerando lo adelantado de los experimentos y aparatos del Profesor O’Narr. En efecto, el irlandés de la novela pretende, mediante una compleja máquina de su invención y para cuyo arriesgado manejo necesita la ayuda del estudiante Pascual, la fabricación del *diamante artificial*: aspiración que no se inventa doña Emilia, sino que, por esos mismos años, se discute en las publicaciones especializadas¹⁴. Y, a mayor abundamiento, es precisamente

⁹ En la tesis doctoral sobre Antonio Casares que está preparando bajo la dirección del prof. Manuel Bermejo Patiño y cuyos datos nos ha facilitado amablemente.

¹⁰ En el n° 59 (1863) de la *Revista Económica de la Sociedad Económica de Amigos del País* de Santiago de Compostela, pp. 233-235. El libro reseñado se titula *Memoria sobre la necesidad de establecer escuelas de agricultura en Galicia* / por José Pardo Bazán y por el Conde de Pallarés / Madrid: Imp. de la Compañía de Impresores y Libreros a cargo de D. A. Avrial, 1862, 73 pp.

¹¹ Vid. L. Otis, “Science and Signification in the Early Writings of Emilia Pardo Bazán”, *Revista de Estudios Hispánicos*, XXIX (1995), pp. 92-106, donde estudia detenidamente sus artículos científicos de 1876-1877, y la novela de 1879, rastreando en ella algunas de las fuentes científicas que pudo haber manejado la autora (Pietro Angelo Secchi, William Thomson, Michael Faraday, James Clerk, Marcellin Pierre Eugène Berthelot).

¹² *Revista Compostelana*, n° 3 (16 de octubre de 1876), p. 17.

¹³ N. Santiáñez-Tiód, “Nuevos mapas del universo: modernidad y ciencia ficción en la literatura española del siglo XIX (1804-1905)”, *Revista Hispánica Moderna*, XLVII, 1994, pp. 269-288.

¹⁴ Tras descubrirse en 1797 que el diamante era carbono puro, hubo diversos intentos para convertir formas baratas de carbón (antracita, hulla) en diamante; las primeras noticias de resultados satisfactorios se dan en el trabajo de Jame Ballantyne Hannay (1879) “On the Artificial Formation of the Diamond”, publicado en *Proceedings of the Royal Society of London*, vol. 30, n° 200-205 (27 de mayo 1880), pp. 450-451 (en <http://rspl.royalsocietypublishing.org/content/30/200-205/450> [consultado el 22/05/2012]). Años más tarde, Henri Moissan lo obtendrá mediante con un procedimiento más similar al explicado en *Pascual López*: mientras Hannay empleaba un tubo calentado a la llama, Moissan aplicó un horno de arco eléctrico [en: http://es.wikipedia.org/wiki/Diamante_sint%C3%A9tico; consultado el 22/05/2012].

un científico gallego (amigo personal de la coruñesa¹⁵), el antes citado José Rodríguez Mourelo uno de los que difunde en España los avances en las investigaciones y experiencias sobre ese asunto¹⁶. Que Pardo Bazán está bien enterada de ello resulta evidente si tenemos en cuenta que uno de esos trabajos de divulgación de Mourelo, “El diamante artificial”, se publica en el número 9 (10 de mayo de 1880) de la *Revista de Galicia*, dirigida por doña Emilia¹⁷.

Por otra parte, la novela que nos ocupa ha de relacionarse con el estado de los saberes que a este relato competen (física, astronomía, química, mineralogía...), en el momento (años setenta del siglo XIX) y lugar (la Universidad de Santiago de Compostela) en que se sitúa. Lo cual nos lleva a plantear cuáles son los fundamentos o fuentes científicas de aquella historia, sean por las aficiones y lecturas de su autora¹⁸ o -más posiblemente- por la ayuda o inspiración que determinados especialistas próximos le proporcionaron. Pascual López ha de ser considerada en el marco científico que hizo posible su redacción: la Universidad compostelana, que no es solo el marco ambiental y argumental del relato, sino que el *apoyo científico* de la novela procede de aquellas aulas y aquellos laboratorios¹⁹. Aunque doña Emilia no los frecuentase, nos consta su conocimiento y trato con algunos de sus profesores e investigadores, que bien pudieron servirle como informantes en las cuestiones científicas aludidas en la novela (tarea que con toda probabilidad asumió Rodríguez Mourelo), o como inspiradores y modelos de uno de los personajes de la historia (Casares Rodríguez, recreado ficticiamente en O’Narr).

¹⁵ Aunque, según explica Faus, 2005: 240-243, hacia 1882 se produjo “el enfriamiento de la amistad anterior hasta su total desaparición”.

¹⁶ Aparte del artículo al que enseguida me referiré, Rodríguez Mourelo volvería a ocuparse de ese asunto, y de las investigaciones de Moissan (con quien llegó a trabajar), en “El frío y la luz”, *La Ilustración Artística*, nº 743, 23 de marzo de 1896, pp. 238-239. Sobre ese notable científico gallego, *vid.* M. Bermejo Patiño, “Rodríguez Mourelo, Xosé”, en *Diccionario histórico das ciencias e das técnicas de Galicia. Autores, I (1868-1936)*, Sada: Edicions do Castro, 1993, pp. 277-278.

¹⁷ El artículo se había publicado muy poco antes entre las “Novedades de Química”, en *Novedades científicas*, año I, nº 1 (15 de abril de 1880), y se recogerá en el volumen *Novedades científicas. Anuario científico de 1880. Contiene todos los descubrimientos hechos en Física, Química e Historia Natural y sus aplicaciones a la Medicina, la Farmacia, la Agricultura y la Industria*, redactado por los señores Luis María Utor, Constantino Saez de Montoya, Laureano Calderón, José Rodríguez Carracido, José Rodríguez Mourelo, tomo I, Madrid: Impr. de Manuel G. Hernández, 1880. Como hemos escrito en la “Introducción” de nuestra edición de *Pascual López* (p. 23), ese artículo “acaso estuviera motivado por la reciente publicación de la novela, cuyo rigor científico trataría de afianzar”, lo que explicaría también su inmediata reiteración en la revista coruñesa. Rodríguez Mourelo es colaborador frecuente en la *Revista de Galicia*, ya desde su primer número (4-marzo-1880), en el que publica una crónica, “Madrid a vista de pájaro: el Ateneo”, seguida por otra en el nº 5 (4-abril-1880), “Madrid a vista de pájaro: La Institución Libre de Enseñanza”; y en los números 17 a 20 (septiembre y octubre de 1880) firmará una serie sobre “Los principios fundamentales de la mecánica química”.

¹⁸ En su artículo “Emilia Pardo Bazán” (en *La Ilustración Gallega y Asturiana*, III, nº 10, 8 de abril de 1881, p. 111), el mismo Rodríguez Mourelo alude a ellas: “sus aficiones científicas tienen mucho de artísticas (...) su entendimiento dotado de incomparable comprensión, aunque se amolda y plega [*sic*] a las exigencias de minuciosos análisis, es más propio para abarcar las grandes concepciones científicas, en las que se mece dulcemente, no sin considerar el inmenso trabajo experimental, los datos de hechos acumulados para llegar a los principios generales; no se contenta jamás con los límites de la experiencia o del cálculo, sino que su imaginación y su deseo demandan continuamente el porqué y el cómo de las cosas que observa y lee. Si le fuese permitido ocuparse de trabajos en este orden de conocimientos, necesitaría laboratorio, gabinete de física y colecciones eminentemente artísticas, por más que se tratase de investigaciones de ciencia pura”.

¹⁹ *Vid.*: M. R. Bermejo Patiño, “O Colexio de Farmacia: unha xeración gloriosa”; R. Sisto Edreira, “Os gabinetes científicos. O gabinete de Física”; A. Bugallo Rodríguez, “O gabinete de Historia Natural”; M. R. Bermejo Patiño, “Os gabinetes científicos. O laboratorio de Química”; en *Cinco Séculos de Historia Universitaria / Gallaecia Fulget 1495-1995*, Catálogo da Exposición do V Centenario da Universidade de Santiago de Compostela, pp. 306-309; 310-317; 318-322; 324-329, respectivamente.

Como ya dije, le corresponde a Nelly Clemessy la primicia en haber señalado que Casares inspiró a la autora para la configuración de ese personaje: las correspondencias que señala entre ambos (“la misma profesión, el mismo desinteresado amor a la ciencia, la misma reputación de excepcional saber”²⁰) pueden ampliarse²¹ y precisarse si detenemos nuestra atención en algunos episodios de la novela.

La primera aparición de don Félix O’Narr (“cuyo apellido españolizaban llamándole Onarro”) se produce en el capítulo I, como un profesor “recién venido, con fama inmensa de saber, a desempeñar la cátedra de química” (PL, 101). Según Clemessy, “el retrato físico del personaje admite también la comparación con el del ilustre profesor gallego”²²; en efecto, léase la descripción de O’Narr (“hombre ya maduro y calvo, con azules antiparras que quitadas descubrían los ojos grises más penetrantes, inquisidores y claros del mundo; los pocos cabellos que le restaban parecían rubios entrecanos; las patillas lo mismo; pergaminoso el rostro, la boca benévola y provista de sana dentadura, ágil el cuerpo y ligero como el de un muchacho”, PL, 102) frente a cualquiera de los retratos que se conservan de Casares, en los años setenta. También hay semejanzas en otros aspectos de sus respectivas personalidades; sea su común interés por las exploraciones geológicas (“Se contaban de él lances inauditos y peregrinos, inverosímiles exploraciones geológicas por las montañas”, PL, 102), sea la importancia que concedían a la experimentación como parte de la actividad docente²³:

Lo fácil, abundante y luminoso de sus explicaciones; la evidencia con que las demostraba; los muchísimos datos que traía en su apoyo sin esfuerzo alguno; la sencillez misma con que nos ponía en camino para ahorrarnos hasta el trabajo de discurrir; todo daba muestra de su superioridad. Véase que la tarea de la enseñanza, tan ardua de suyo, le servía a él de juego y pasatiempo, en que descansaba de más graves faenas. Nosotros éramos medianos jueces, y nuestro voto significaba poco; pero Onarro era admirado de sus mismos colegas. Se sabía que se carteaba con Liebig, Würtz, Berthelot y otras lumbreras alemanas, francesas e inglesas, a quienes no conocíamos sino para servirlos. Lo que despertaba mayor interés en la cátedra de Onarro eran los numerosos experimentos, diarios casi, con que vivamente inculcaba sus teorías (PL, 102-103).

²⁰ Clemessy, 1982, p. 220.

²¹ Por ejemplo, la dimensión social que Casares daba a su tarea como investigador y como docente, y que también advierte Santiáñez-Tió en la novela: “el científico Félix O’Narr confiere a la alquimia un significado social; gracias a la transformación del carbón en diamantes, O’Narr piensa acabar con la explotación de los trabajadores de las minas de diamantes, y concluye: «Verificaré una pequeña revolución industrial»” (art. cit, p. 285).

²² (Clemessy, 1982, p. 220)

²³ Sobre esa dimensión de la personalidad de Casares (y además de lo que se explica en otros trabajos de este volumen), escribe R. Gurriarán (*Ciencia e conciencia na Universidade de Santiago (1900-1940)*, Santiago: Universidade, 2006, p. 18): “A súa metodoloxía práctica xa a puxera de manifesto na cátedra de Física e Química aplicada ás Artes, no Conservatorio de Artes, dependente da *Real Sociedad Económica de Amigos del País* (1836). Posteriormente, nos seus programas de Historia Natural (1840-1845), nos que diferenciaba a parte práctica, elemento novedoso para a época. Nas probas de cualificación dos alumnos establecía partes orais, escritas e prácticas. Observación, manipulacións e saídas ao campo formaban parte da súa metodoloxía empregada cos alumnos (...) Noutras disciplinas nas que posteriormente impartiría docencia –indistintamente, nas Facultades de Farmacia, Medicina e Ciencias–, seguiría coas mesmas formulacións prácticas e pedagóxicas que tivo a Universidades de Santiago, con carácter práctico e experimental, durante o século XIX, e o principal usuario dela con fins didácticos”.

Pese a que, en un primer momento, el narrador se excusa por no entrar en detalles (“mucho siento que mi ignorancia y escasez de memoria no me permitan recordar algunos de tales experimentos, por todo extremo originales y dignos de no morir en el olvido”, *PL*, 103), en el capítulo V la novela refiere uno de ellos²⁴ con tal precisión (ignoro con cuanto rigor) que hemos de suponer por parte de la autora una cuidadosa documentación, acaso procedente del propio Casares, o de alguno de sus discípulos o colaboradores, sin descartar que asistiese a alguna conferencia, disertación o experimento público.

Tras esas primeras apariciones en las clases que imparte a Pascual y sus compañeros de Facultad, Onarro se erige en cuasi protagonista del relato, cuando, en el capítulo VIII, recibe en su casa y laboratorio al estudiante de Medicina, a quien ha propuesto sea su ayudante en la arriesgada experiencia que se propone llevar a cabo, y cuyos fundamentos le explica en términos que solo un especialista (de nuevo, Casares o Rodríguez Mourelo) podría haber formulado, y que considero conveniente citar *in extenso*:



Recordará usted que les dije que la química ha reconocido actualmente hasta setenta y cinco cuerpos o sustancias simples, cuyas diversas combinaciones forman los componentes todos del Universo (...) No podemos asegurar -continuó Onarro- que esa cantidad de cuerpos simples sea definitiva. Puede acontecer que se descubran, como en efecto se han descubierto, algunos nuevos, y puede suceder que, mejor analizado uno de los antiguos, resulte compuesto de elementos conocidos ya. De suerte que el número setenta y cinco está sujeto a aumentar o a disminuir (...) Ahora bien; los químicos nos preguntamos a cada instante: ¿habrá realmente en el Universo setenta y cinco especies diferentes de materia? ¿Existirá un número dado de cuerpos intrínsecamente distintos, irreductibles, insolubles los unos y los otros? Y muchos de los químicos más eminentes, entre ellos Cauchy y Ampère, que son dos lumbreras, responden: No, es imposible que se dé esa cantidad de materiales sustancialmente diversos: eso no es más que una apariencia, un efecto de la distinta colocación y agrupamiento de los átomos, único elemento verdaderamente simple, indivisible, inanalizable, irreductible y primitivo que se presenta en el Universo (...) Para probar que dos cuerpos absolutamente idénticos, según demuestra el análisis con evidencia, pueden ofrecer propiedades que los hagan aparecer diversísimos, cité el fósforo. El fósforo es un cuerpo blanco, luminoso en la oscuridad, muy inflamable, con olor fuerte y penetrante y en extremo venenoso. Pues caliéntelo usted en un vaso cerrado, y se encontrará con un cuerpo rojo, opaco en la oscuridad, poco inflamable, inodoro y sin veneno alguno. ¡Ya ve usted si al parecer

²⁴No es posible, en los límites de este trabajo, reproducir y comentar como se merecen esas páginas (110 a 114 de nuestra edición)

se diferencian estos dos estados! No obstante, lo repito, el análisis prueba que es exactamente una misma cosa la de antes y la de después. Sólo se han alterado sus propiedades físicas. Lo propio pasa con el agua, que es cuerpo compuesto. ¡Considérela usted mudándose del estado de hielo al de líquido y al de vapor! Sin embargo, siempre es la misma combinación: dos átomos de hidrógeno por uno de oxígeno. El silicato de potasio es líquido; con todo, es idéntico al cristal sólido (...) Ahora bien -prosiguió Onarro- Éstas y otras razones que usted no necesita, nos conducen como de la mano a suponer que, en realidad, no existe más que un género de materia, una sola sustancia. Los átomos agrupados entre sí de diversas maneras en los cuerpos simples, y formando cristales elementales pequeñísimos, constituirían esta o aquella sustancia simple, según el número de átomos del cristalillo elemental, su posición, su movimiento, etc.²⁵ Así sucede con las fichas del dominó, que colocadas de un modo hacen una torre, de otro un reducto, de aquél una muralla almenada... No habiendo, pues, diferencia sustancial en la materia, quién duda que, por ejemplo, el plomo y el oro, son una misma sustancia bajo formas diversas. La ciencia en su estado actual no conoce razón alguna que pueda calificar de imposible y absurda esta hipótesis. Los antiguos aristotélicos solían decir que la materia es indiferente a las formas. ¿Qué necesitaríamos, según esto, para transmutar los demás cuerpos en oro? Poca cosa en verdad. Bastaría con que así como analizamos, disecamos y descomponemos los cuerpos compuestos, reduciéndolos a su más sencilla fórmula, a la mínima expresión, pudiéramos hacer otro tanto con los simples. Una vez traídos a su originaria situación de meros átomos elementales, era asunto no más que de ponerlos en condiciones de cristalizar formando las moléculas especiales del oro (...) Cuántos siglos transcurrirán quizás antes de que la paciencia y el estudio del hombre alcancen a aplicar en toda su extensión estos principios que he indicado? ¿Quién será el genio que el destino señala para que los complete, desenvuelva y perfeccione? ¿Quién el ilustre inventor de los instrumentos delicadísimos y mil veces más exactos que relojes, que nos consientan profundizar la estructura íntima de los cuerpos? ¿Sabe usted, desdichado, que los átomos son una cosa que no tiene tamaño ni peso apreciable; que son el último grado de división de la materia; que se ocultan absolutamente, no ya a los sentidos, sino a los aparatos que centuplican la energía de los sentidos; que la fragmentación de estas partículas es casi infinita? ¿Sabe usted que si los átomos contenidos en una gota de agua del grosor de un guisante se trocasen en granos de arena, un convoy continuo de camino de hierro marchando con una rapidez de treinta y seis kilómetros por hora necesitaría más de dos millones y medio de años para transportar esa arena? ¿Que si se quisiera calcular el número de átomos metálicos con-

²⁵ Compárense esos razonamientos con el texto de Berthelot (en "La Nature des éléments chimiques", *Revue Scientifique*, 13, 1874, p. 633) que cita Otis, art. cit., p. 81: "L'identité fondamentale de la matière constitutive de nos éléments actuels et la possibilité de transmuter les uns dans les autres les corps réputés simples peuvent d'ailleurs être admises à titre d'hypothèses plus ou moins vraisemblables sans qu'il en résulte la nécessité d'une substance unique, réellement existante, et telle que nos corps simples actuels en représentant les états inégaux de condensation".

tenidos en una cabeza de alfiler de a ochavo, separando cada segundo con el pensamiento mil millones, tendríamos que repetir tal operación por espacio de doscientos cincuenta y tres mil seiscientos setenta y ocho años para llegar a la cuenta justa? (PL, 161-163)

También resulta evidente la intervención de algún asesor científico para las proliferas explicaciones que, en el capítulo IX, ofrece el narrador acerca de los diamantes, sus propiedades y difícil obtención, las historias y leyendas de los más famosos²⁶; algo que, según confiesa Pascual, ignoraba previamente (“Nada sabía yo acerca del diamante, y mi misma ignorancia prestaba a la hermosa cristalización cualidades de precioso amuleto o de eficaz talismán” PL, 177), pero cuyo conocimiento justifica así: “Todo lo cual averigüé después, porque hubo ya de espolearme la curiosidad y pincharme el deseo de saber algo de la rara piedra que tal influencia ejerció sobre mi oscuro y estudiantil destino” (PL, 179).

Como era de esperar, la escena culminante de la novela, en el capítulo X, tiene lugar otra vez en el laboratorio del químico irlandés, donde se guarda la extraña máquina que permitirá la obtención del diamante artificial; la descripción de aquel artefacto muestra también que la autora había podido examinar (en visita probablemente acompañada de las explicaciones de alguno de sus asesores) alguno de los aparatos que, gracias a la decisiva intervención de Casares, había en los gabinetes de la Universidad compostelana²⁷:

[...] pude ver una máquina de figura extraña, que algunos perfiles presentaba de semejanza con una pila o batería eléctrica; pero era infinitamente más grande, complicada, y ofrecía un laberinto y confusión de sectores, plataformas, condensadores, hilos y cadenillas que remataban hundiéndose en agujeros practicados en el suelo. Después supe que las cadenillas iban a dar al sótano, enterrándose hasta más abajo de los cimientos de la casa, a fin de que aumentase por este medio la intensidad de la chispa eléctrica. ¡Oh, si yo fuera perito en estas abstrusas materias de física y mecánica, cómo podría ahora describir en sus mínimos pormenores el peregrino y maravilloso artefacto! (PL, 181-182)²⁸

Y cuando Onarro pone en marcha aquel extraño mecanismo notamos cómo la autora somete su fantasía a los dictados de la documentación, que tal vez deriva de lo observado (si no por ella misma, por sus informantes) en alguno de los experimentos de Casares:

[...] se puso en movimiento al punto, enroscando aquí, estirando acullá, dando aceite por un lado, ajustando bien una plancha por otro, y todo con maravilloso silencio y diligencia. Yo me estaba suspenso e inmóvil sin brindarle una ayuda que probablemente le sería inútil. Finalmente, tomó no sé qué

²⁶ Tampoco puedo recoger aquí esa larga digresión (pp. 177-179), pero sería interesante cotejarla con algunas de las fuentes que pudo consultar la autora.

²⁷ Cfr. Sisto Edreira, art. cit., pp. 314-316; Bugallo Rodríguez, art. cit., pp. 318-320; Bermejo Patiño, “Os gabinetes...”, pp. 328-329.

²⁸ En el libro *A Noite está varrida da terra. Catálogo da exposición abril de 2001: 150 anos da utilización da luz eléctrica en Santiago de Compostela por primeira vez en España* [textos e fichas, Manuel R. Bermejo Patiño... et al.], Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega, 2001, se describen y muestran imágenes de máquinas similares a la aquí sugerida, algunas de las cuales pudo haber visto doña Emilia en los gabinetes de la Universidad de Santiago; *vid.* pp. 96 y 153 (máquina de Ramsden), 98 y 103 (máquina de Holt), 99 y 111 (máquina de Carré), 181 (máquina de Gramme), 155 (máquina de Wimshurst).

botes y frascos de ácido y los derramó en unos a manera de recipientes que en la pila se encontraban: bajose en seguida, destapó un cesto que había a sus pies, tomó de él seis u ocho medianos trocillos de carbón iguales en todo a los que ardían de noche en su chimenea. Cuanto antes de agitado y trémulo, parecíame ahora Onarro de sereno y tranquilo. Su pecho no se alteró al derramar el líquido en los recipientes, ni al atornillar las delicadas barras de acero (PL, 182).

En cambio, al describir Pascual la terrible experiencia que sufre mientras su mano sujeta el “manubrio” de la máquina, la autora deja volar libremente su poderosa imaginación, estimulada también por sus lecturas de relatos fantásticos:

Instantáneamente, sin concurso de la voluntad, por una acción nerviosa, mi brazo se puso en ejercicio, y un sacudimiento raro, intensísimo, profundo, estremeció todo mi ser desde la planta de los pies hasta las últimas celdillas del cerebro. No era dolor, ni golpe; era una sensación semejante a la que debe experimentar el árbol cuando de raíz lo arrancan, descujan y hienden. Fue como si desatasen las ligaduras de mi individualidad, y cada una de las pequeñas células o moléculas orgánicas que lo constituyen se disociase de las restantes, yéndose aislada a un punto distinto del espacio. Arrojé un clamor y abrí los espantados ojos, que vieron o soñaron ver rápidas centellas de fuego corriendo a lo largo de hilos y cadenillas de la máquina. A mi grito contestó otro de Onarro, que encerraba todas las vibraciones del gozo, del júbilo, del triunfo. Incapaz yo de tenerme en pie, fui vacilando a recostarme en la pared más próxima. La habitación daba vueltas en torno mío, y todas mis fibras retemblaban como las cuerdas de un violín después de que las acaricia y oprime el arco. Vi que Onarro se llegó a mí, oí que me dirigía palabras alentándome, que trajo un frasquito del estante, que lo destapó, que vertió unas gotas en la palma de sus manos, frotando después con ellas mis sienas, y que, como un filtro, obró inmediatamente la fricción; despejose mi cabeza, me serené todo y con curiosidad veheméntísima miré a Onarro, y con delicia inefable me sentí, palpé y hallé vivo, sano y bueno (PL, 183-184).

No tendrá tan feliz resultado la siguiente prueba, en el capítulo XII, de cuyo peligro advierte Onarro al estudiante de Medicina (“No debo ocultarle que hoy el peligro es mayor y más inminente que en el anterior experimento. Hoy tenemos un 50 por 100 de probabilidades en contra. Es decir, que si la otra vez era verosímil que quedaríamos vivos, hoy es tan verosímil que salvemos, como que muramos en la empresa” PL, 215); por supuesto -ya que la historia es referida en primera persona por Pascual- no será él quien perezca en la experiencia, sino su maestro:

Empuñé el manubrio como si empuñase una daga cuyo filo hubiera sido impregnado de ponzoña sutil. No cerré de esta vez los ojos: antes una involuntaria tensión me obligó a tenerlos abiertos de par en par, como dos arcos de puente. Entre sudores mortales oí el decisivo Fiat. Giró el manubrio y resonó una espantosa detonación. Vi al profesor de pie, bañado en un rompimiento de luz sulfúrea; un globo azulado de fuego volteaba con suavidad acariciando su frente, y este globo, con rapidez inexplicable, salió después por la estrecha ventana. Esta visión fue del todo momentánea para mí; porque como mi mano, movida sin duda por la fiebre, siguiese haciendo andar el manubrio, sentí de pronto que cesaban los fenómenos vitales. No sé cuánto tiempo permanecí en tal situación, pero al cabo alenté, recobran-

do el sentimiento intelectual de lo que me estaba sucediendo; la razón y la memoria fueron lo primero que se despertó; los sentidos, y en especial el nervio óptico, se hallaban aún de tal manera embargados, que mi cuerpo se me antojaba hecho de pedacitos esparcidos por puntos diversos del espacio; mis piernas y mis brazos me parecían muy distantes del tronco.

Cuando logré ya hacerme un tanto dueño de mi personalidad, acerqueme a Onarro. Seguía inmóvil, derecho, con la mano en la pila. Al tocarle yo levemente cayó al suelo. Era cadáver (PL, 217).

Alguien considerará que la autora proporciona un triste y lamentable final a este personaje, inspirado en un admirado y apreciado amigo; podemos replicar que Onarro no es víctima de su ambición (pues los diamantes obtenidos en el experimento serían para su intrépido ayudante), sino acaso un mártir del progreso científico. En todo caso, no estará de más advertir que, por lo que sabemos, ninguno de los primeros lectores y críticos de *Pascual López* (entre los que había muchos que conocían bien a Casares) dijeron nada acerca del parecido entre ambos maestros de Química. Algo que (forzoso me es reconocerlo) pondría en duda la propuesta de Clemessy, que en estas páginas he tratado de ampliar y demostrar.

Sea como fuere, sabemos que doña Emilia mantuvo su relación con el Rector Casares en los años posteriores, y se aprovechó de ella para sus trabajos. En febrero de 1883 le escribe para pedirle “un señalado favor. Quiero hacer algunos estudios en la Biblioteca de esa Universidad y como las horas en que esta se halla abierta son casi incompatibles con las que yo puedo dedicar a ese objeto, quisiera que usted dispusiese que me abriesen por la tarde la Biblioteca y me dejaran estar allí hasta el anochecer”²⁹. Por lo que ella misma contaría años más tarde en los *Apuntes autobiográficos* que sirven de prólogo a *Los Pazos de Ulloa* (1886), el Rector accedió a su petición, mejorando las condiciones de las consultas: “como por entonces entretenía un mes de invierno [febrero de 1883] en Santiago, me dediqué a revolver la Biblioteca de la Universidad (...) Cedióme el Rector galantemente su propio despacho, ordenando que me llevasen cuantos libros eligiese”³⁰.

Aunque esa es, según mis datos, la única alusión (indirecta, pues no menciona explícitamente su nombre) que podemos encontrar en los escritos de doña Emilia a su amigo el Rector de Santiago, hay otro texto suyo, de fechas muy próximas a aquella carta, que, en cierta medida, podría hacernos notar la larga sombra de don Antonio y sus aportaciones científicas. Siendo consciente de lo arriesgado de esa hipótesis, no me resisto a sugerirla.

Por esos días del invierno de 1883, cuando nos consta que la autora está en Compostela, dedicada a sus indagaciones en los libros de la biblioteca universitaria, la revista barcelonesa *La Ilustración Ibérica* publica en su número 4 (del 27 de enero de 1883), una breve colaboración de Pardo Bazán, titulada “Cómo será el morir”: un curiosísimo texto que, por su carácter aparentemente ficticio ha podido ser considerado como un cuento³¹, pero que refiere una experiencia personal: “Claro está que yo no me he muerto nunca (...) pero se me antoja, y ¿quién podrá demostrarme lo contrario? que la impresión de la muerte ha de ser cosa muy análoga a la que experimenté

²⁹ Citamos la carta en la nota 26 de la “Introducción” a nuestra edición de *Pascual López*, pp. 22-23.

³⁰ En E. Pardo Bazán, *Obras Completas*, II (ed. de D. Villanueva y J. M. González Herrán), Madrid: Biblioteca Castro, 1999, p. 41.

³¹ Así lo hace H. L. Kirby, que lo incluye entre los “Cuentos de tema variado”, en su edición de E. Pardo Bazán, *Obras Completas*, tomo III. *Cuentos / Crítica Literaria*, Madrid: Aguilar, 1973, pp. 291-292.

cuando me aplicaron un anestésico (el *gas hilarante* o *protóxido de azoe*) hasta hacerme perder por completo el sentido, para sacarme, sin dolor, una muela”. Describe luego, con vívida precisión, todo el proceso y sus consecuencias, tan semejantes a lo que sería la muerte, y concluye: “Todo esto que cuento me pareció largo, largo, eterno, y al volver en mí, dijéronme que los efectos de la anestesia habían durado veinte segundos. ¡Mucho se vive cuando se muere!”

Si el episodio (la extracción de una muela, previa anestesia con el *gas hilarante*) tuvo lugar en los días de aquella invernal estancia compostelana, no sería raro que la autora recordase (o le informasen de ello) que su amigo Antonio Casares Rodríguez había sido pionero en España (diciembre de 1847) en el empleo del cloroformo como anestésico en intervenciones quirúrgicas³². Sospecho que si el sabio monfortino leyó aquel texto de su amiga coruñesa bien pudo interpretarlo como un sutil homenaje a sus ya lejanas experiencias anestésicas. Y sonreiría, sin comentárselo a nadie, como acaso había sonreído leyendo las explicaciones, teorías y experiencias de su colega Félix O’Narr...³³

³² A. Franco Grande, J. Álvarez Escudero, J. Cortés Laíño, *Historia de la anestesia en España, 1847-1940*, Madrid: Arán Ediciones, 2005, pp. 52-61.

³³ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación *Ediciones y estudios críticos sobre la obra literaria de Emilia Pardo Bazán* (Referencia: FFI2010-18773.FILO), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, que dirijo en la Universidad de Santiago de Compostela